

a su hermano, al buen Polínice, al que fue su ser más querido. Pero aun esa fe que Antígona tenía se la destruye Creonte en un arranque de crueldad refinada. Le confiesa y le demuestra cómo Polínice no merecía la pena. Y que ni siquiera se sabe si es el suyo el cadáver rescatado. Aquello es simplemente "razón de estado". Y Antígona se queja ante este nuevo desengaño. Porque "siquiera antes creía..."

Con estas psicologías espléndidas bien definidas que Anouilh nos presenta, hay ciertos insuperables de estilo.

Un lenguaje irónico y sutil a lo largo de toda la obra, toques formidables de modernidad en el diálogo que ponen de realce continuamente que lo que en realidad importa no es la circunstancia sino el "yo". Porque aquel axioma de Ortega cae aquí por su base. No somos "yo y nuestra circunstancia". Por lo menos en esta obra de Anouilh, en esta magnífica obra dramática, la circunstancia es innecesaria y está de más. Aquí el yo -el yo humano y eterno, jamás cambiante y siempre igual en su sustancia- es el que se lleva la palma del interés. Y la circunstancia podrá variar eternamente pero ese yo sustancial e inmutable del Hombre permanece.

Encontrar escuetamente los factores eternos de la vida humana, de este Hombre constantemente repetido, es misión del arte. Y Anouilh la realiza perfectamente. Es realista y al mismo tiempo idealista. Porque con atisbos geniales de la observación de la realidad, sus figuras fingidas están más allá del espacio y del tiempo. Son auténticamente trascendentes. Despojadas de todo rasgo circunstancial, son eternas. Se elevan en alas de su proceso de simplificación. Por eso es un clásico como lo fueron Sófocles y Racine, también Cervantes.

(1) Miguel Delibes, "La sombra del Ciprés es alargada". Destino, Barcelona, segunda edición 1946, página 213

(2) Arnold J. Toynbee, "Estudio de la Historia", compendio de Somervell, Emecé Editores, Buenos Aires, 1958, página 211

(3) Jose Ortega y Gasset, Obras completas, Espasa Calpe, Madrid 1932, página 17

(4) León Mirras, "Panorama del teatro contemporáneo", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1956, página 13

(5) Jean Anouilh, "Antígona", Editorial Losada, Buenos Aires, 1956

(6) León Mirras, ibid. capítulo IV

# EMPRESARIOS, SI; DUEÑOS DE FABRICAS, NO

Por José Manuel Ruiz S.J.

Después de ver de cerca a muchos grandes empresarios, he aprendido a reverenciar a este raro ejemplar cada vez que lo encontraba. He usado la palabra "empresarios" en el sentido vulgar en que todos la entendemos. Dije que hablé con muchos, y después parezco contradecirme al hablar de raros ejemplares.

Es una contradicción aparente. El título de este artículo de la mejor distinción. El empresario, el que de veras "emprende", el hombre de negocios genuino, que hace de su empresa una vida y no meramente un apoyo para "su" vida, ese hombre es un mártir de la sociedad.

Cuando el empleado o el obrero llegan a su casa y disfrutan de su tiempo, de su familia, de su hogar, el "empresario" verdadero, no. Para él

no hay tiempo, ni hogar, ni familia. Se ha montado encima del tigre. Montar a caballo es fácil, porque se puede uno bajar cuando quiera. Pero montar en un tigre es peligroso. Ya no hay manera de bajar. Hay que seguir cabalgando. Si se baja, el tigre se lo come a uno.

El "empresario" tiene familia y es como si no la tuviera. Hasta las intimidades del hogar le persigue la llamada telefónica urgente. Le alejan de él los viajes de negocios, a los hijitos pequeños apenas les conoce fuera de cuando ya duermen, los grandes se sienten más cerca de la mamá que del papá, "ese desconocido". Si va a vacaciones a la playa, no faltarán ocasiones de salir, chorreando agua salada, en busca del teléfono más próximo. Había una cita concertada que no puede fallar, habrá que sacar los pasajes de avión para la reunión a la que el Vicegerente no puede, como habían planeado, asistir.

Los negocios, si no crecen, mueren. Es ley casi ordinaria. Por eso el empresario, que es el que desarrolla y beneficia la sociedad, tiene vocación de madre, y vocación de mártir. Desarrolla a costa de sí mismo, como la madre. Y al fin, cuando llega el infarto, la "enfermedad de ejecutivos", pocos piensan en darle la palma. Lo han visto relleno y satisfecho, y no sabían que esos sólo eran los síntomas de su enfermedad. Enfermedad contraída por el bien de sus hermanos.

Claro que el empresario goza trabajando, consumiendo sus horas extra que nadie le va a pagar. Goza también poseyendo sus millones. Si es de veras "empresario", lo ha merecido. Pero eso no disminuye su noble actitud de mártir de la sociedad. También un mártir puede ir cantando al tormento, y hasta bromear con el verdugo desde encima del asador.

Frente a este tipo noble, tenemos al "dueño de fábrica". Ese no es empresario. Ese no "emprende", ni siquiera comprende. Ese vive de la empresa, no para la empresa. Ese no subió por su propio talento. Subió por ser el "hijo de su papá", o porque tuvo la suerte de tener 30 años como hijo de papá por allá por los años de 1930. Cuando una guerra mundial assolaba a Europa, los mercados internacionales necesitaban estaño, plomo, wolfram, y desde luego querían los beligerantes asegurarse la provisión de productos alimenticios. Entonces "hizo negocio" y se encontró a la cabeza de un Directorio que le venía muy ancho. Tan ancho, que la única solución fue empujarlo hasta que le cayera mejor. Empequeñeció su empresa —hemos visto este caso— renunciando, por no perder la mayoría de las acciones y con ello la disposición totalitaria sobre los negocios a ampliar el capital, olvidando aquél principio de la competencia económica que ni siquiera conocía: Crece, o muere.

Otros empujan a la Economía nacional, convirtiéndola en un subsidio para sus economías de empresa. No hacen economía nacional. Se portan como liberales cuando el Estado quiere incorporarles a la marcha de la economía general de la nación, o imponerles las obligaciones comunes a todo miembro de la comunidad (impuestos, leyes sociales, etc.) y al mismo tiempo son los grandes partidarios de la economía dirigida cuando se trata de subvencionar sus productos, o protegerlos con tarifas, o impedir la entrada de productos que puedan competir en calidad y precio con los suyos. Arruinan la economía nacional, encarecen la vida. Pero poseen los medios de comprar a los legisladores. Hasta de sostener un cuerpo de "comunistas útiles" en su fábrica —caso que también conocemos— que les escenifiquen la huelguecilla en el momento oportuno para poder protestar, tomar medidas energéticas contra algún grupo, despedir a quienes les molestan. Ah, estos dueños de fábricas...

"América Latina está llena de empresarios sin empresa y empresas sin empresario". Así me dijo en Brasil un grande, de los buenos, empresario. Demasiados que subieron por la mera coyuntura económica, demasiado pocos que vivan para la empresa y para la economía nacional.

La consecuencia no nos extrañará: Estos "dueños de fábrica", con evidente complejo de inferioridad, celosos de sus prerrogativas, temerosos ante cualquier intromisión, son los grandes enemigos de las conquistas sociales. No de las leyes sociales, que al fin y al cabo no son más que un mal menor, de defensa de los débiles en un estado en que los únicos débiles debieran ser los niños, los ancianos y los dementes. Para ellos siempre harían falta leyes sociales. Para los demás, justicia social limpia, sin correcciones. Las leyes sociales son un mal menor para corregir otro más grande. La genuina conquista social no la entiende el "dueño de fábrica". Es demasiado miope. Se la atribuirá, y en esto dice la verdad, a "los comunistas". Cuántas veces ha bendecido este dueño de fábrica a "los comunistas". Para él son un conglomerado confuso, en el que ve el macho expiatorio de todo lo que ataque a su egoísmo. Nunca ha leído a Marx, porque no tiene inteligencia suficiente para entenderle. La filosofía del "dueño de fábrica", por muy bellamente adornados que estén los estantes de su biblioteca, es de una pobreza insultante. Se admirará cuando se le dice que tal cosa no la dijo Marx sino León XIII, o que tal otra la dijeron, efectivamente, ambos.

Dios libre a América de los "dueños de fábricas". Son las rémoras del progreso de nuestros pueblos. En cambio, empresarios de veras, sí!!